

POR
Carlos G.
Reigosa

CELSE COLLAZO | PERIODISTA

«UN CORRESPONSAL INTERNACIONAL EN EL MEOLLO DE LO QUE SUCEDE»

CARLOS REIGOSA CONVERSA CON EL HISTÓRICO PERIODISTA GALLEGO CELSE COLLAZO, DE 91 AÑOS, QUE VIVE EN GUADALIX DE LA SIERRA, EN UNA ENTREVISTA EN LA QUE RECUERDA ANÉCDOTAS DE SU TRABAJO EN LONDRES, MOSCÚ Y NUEVA YORK.

El periodista gallego Celso Collazo Lema, hoy injustamente olvidado, pertenece por méritos propios a la estirpe de los grandes corresponsales internacionales de prensa que tuvo España en el siglo XX. Cabría decir que Celso forma parte de la «generación intermedia», que se extendería desde la posguerra mundial hasta la consolidación de la democracia española. Unos años en los que periodistas como él fueron los verdaderos ojos hacia el exterior de toda una nación. Por eso tiene aún tanto sentido acercarse a su soledad elegida, casi eremítica, en Guadalix de La Sierra (Madrid), desde donde, a un mes de cumplir 91 años, sigue puntualmente todos los acontecimientos del mundo con las tecnologías más avanzadas. Su vida, según confiesa, se divide en periodos determinados por el lugar en que ejerció su profesión. Así están sus etapas gallega, madrileña, londinense, soviética, estadounidense, de nuevo madrileña y finalmente la del retiro en la sierra de Guadarrama. Toda una vida atiborrada de experiencias que, a la postre, constituyen una riqueza vital y profesional difícilmente comparable y que lo hacen merecedor del conocimiento —y del reconocimiento— general.

Celso Collazo nació en Vimianzo (A Coruña) el 15 de noviembre de 1921, hijo de un significado galleguista —amigo y colaborador de Castelao—, que había logrado salir bien librado del desastre de Annual, pero que no tuvo la misma suerte durante la Guerra Civil. Fue paseado en Pontearreas (Pontevedra) en septiembre de 1936. Poco después, un tío paterno, Eugenio, también fue asesinado, y un tío materno pasó once años escondido en un trastero. El propio Celso, muchacho de 15 años, hubo de ocultarse a fin de que no pudiesen usarlo como rehén para se entregase su padre. A pesar de todo, y en medio de tantas adversidades, logró terminar su bachillerato y empezar a trabajar en una academia y en un sindicato.

«Fue mi aprendizaje de la vida —dice—. Corría el año 1938 y aquí



seguía la Guerra Civil, mientras que en Múnich se reunían Hitler, Mussolini, Daladier y Chamberlain para proclamar que habíamos 'ganado la paz para todo el siglo'. Poco después se vio la paz que habían ganado».

Abrasado por su pasión literaria, el joven Collazo muy pronto se desembarazó del enredo sindical y empezó a frecuentar las tertulias de Pontevedra y de Vigo, siempre mezclado con intelectuales galleguistas y también siempre escaso de dinero. Su amistad con Francisco y Joaquín Fernández del Riego, los hermanos Álvarez Blázquez, Xaime Illa Couto, Valentín Paz-Andrade, Plácido Castro y los pintores Maside, Laxeiro, Colmeiro y Torres floreció enseguida, y luego se sumaron los de Santiago: Domingo García-Sabell, Álvaro Ruibal, Xerardo Fernández Albor y otros. Muy pronto empezaron sus colaboraciones periodísticas y sus primeros relatos de ficción, que

Celso Collazo en su casa de Guadalix de la Sierra observa un retrato en el que aparece junto al presidente Jimmy Carter, a quien entrevistó en 1980 y acompañó en un viaje por Europa | BARRIOPEDRO

ocasionaron que se hablase de él como una gran promesa de las letras gallegas.

—¿Por qué se malogró esa carrera literaria, cuando tantos confiaban ya en ti?

—Eso de la carrera literaria suena muy bien, sí, pero la realidad es que yo solo tenía por delante hambre y más hambre. Esa sí que tenía futuro.

—¿Cómo se produjo el salto a Madrid?

—Yo tenía amistad con Manuel Blanco Tobío desde mis años mozos en Pontevedra. Un día vino por Vigo, él ya estaba en la Dirección General de Prensa, me vio, charlamos y me dijo: «¿Por qué no dejas de perder el tiem-

po aquí y te vienes conmigo a Madrid?». Yo ya había escrito en algunas publicaciones de la capital, así que acepté la oferta y en septiembre de 1951 me planté en Madrid. La de Galicia se puede decir que fue mi etapa formativa. Además, en 1952 me casé en con la pintora María Antonia Dans en A Coruña, una ciudad es muy importante en mi vida. Además de casarme, allí nació mi hija Rosalía Dans y allí está enterrada mi madre.

—En Madrid también encontraste buenas tertulias, ¿no?

—Yo iba por la mañana, por la tarde y por la noche al Café Gijón. En la tertulia de las doce estaban Torrente Ballester, Zunzunegui, Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité... Decían que nos veíamos para «reparar el bachillerato». A veces venían Camilo José Cela, Melchor Fernández Almagro, Marcial Suárez... Por la tarde, estaba la mesa de los poetas, con Cano, Garciasol, Leopoldo

¿AL TIENE QUE SUCEDE?»

VIVE RETIRADO EN MADRID,
RK



de Luis, Gerardo Diego..., y la de los gallegos, con Luis Trabazos, Blanco Tobío, Chucho Román, el procurador Isorna, Castro Arnes, López Sancho y otros. Por la noche llegaban los pintores Pancho Cossío, Benjamín Palencia, Pedro Bueno, Tino Grandío... Aquello era una escuela. Cuando venía del extranjero, yo iba directamente al Gijón.

—Poco después entraste en el periódico «Pueblo», que dirigía Emilio Romero, y en enero de 1957 llegas a Londres como corresponsal de ese diario. Ahí empezó tu largo periplo internacional.

—Sí, en 1956 Nasser nacionalizó el canal de Suez, con la oposición de Francia y el Reino Unido, y en Budapest los húngaros se levantaron contra los soviéticos. Es decir, había lío en el mundo. Y Emilio Romero, respaldado por Solís, pensó que era el momento de tener una red propia de corresponsales. Así, yo salí para

Londres, Manuel Blanco Tobío para Nueva York, Pilar Narvián para Roma, Eugenia Serrano para Viena, y algún otro.

—¿Cómo era periodísticamente aquel Londres?

—Cuando llegué ya no estaban vivos los grandes de la primera mitad del siglo: Chesterton, Bernard Shaw, Wells, pero había muy buenos periodistas. Fleet Street, sede de los principales medios, era *La calle de la aventura*, como le llamó Phillips Gibbs en una novela que publicó con este título en 1919. Evelyn Waugh también escribió otra buena novela titulada *Scoop*, que aquí se llamó *Noticia bomba*. Londres era un mirador privilegiado. Yo fui allí con *Pueblo*, sobreviví con dificultades tras dejarlo y me acogió finalmente la Agencia EFE, que tomaba impulso internacional con Fraga, Sentís y Mendo. Después llegó la crisis de 1969 con la sustitución de Fraga por Sánchez Bella, y la de Mendo por Alejandro Armesto. Yo ya estaba en Nueva York desde el año anterior, pero Armesto me pidió que regresase a Madrid para desarrollar un proyecto llamado *Documenta*. —Pero eso duró poco, porque en 1970 ya estabas en Moscú.

—Sí. Un día Armesto me dijo: «Prepárate que te vas a Moscú». Y me convertí en el primer corresponsal español permanente en la URSS. Estuve allí cinco años. Recuerdo mi llegada al Hotel Sovietska. Un grupo cantaba en español: *Esperanza, esperanza*. Creí que era por mí, pero no, era un grupo de cubanos. Luego salí a dar una vuelta y fui hasta una plazuela en la que había un comercio con apenas dos latas de sardinas. Se me cayó el alma al suelo. Pensé: «Si esta es la gran patria del proletariado, estamos bien jodidos». Después me explicaron las reglas del juego. Todo estaba tolerado menos salir de un círculo de 25 millas alrededor de Moscú o meterse con los símbolos de la realidad soviética. En lo personal, fue una buena experiencia. Los rusos eran una gente maravillosa. Me hacían recordar a Galicia. Los insoprotables eran los funcionarios, muy prepotentes.

—Y en 1975 vuelves a Nueva York, ¿no?

—Había empezado el lío del Sa-

«Eso de la carrera literaria suena muy bien, pero yo solo tenía por delante hambre, y esa sí que tenía futuro»

«Al llegar a Moscú me encontré un comercio con solo dos latas de sardinas. Se me cayó el alma al suelo. Pensé: si esta es la gran patria del proletariado estamos bien jodidos»

«Peter Tunne decía que el papel de la prensa es confortar al afligido y afligir al confortado. Yo lo creo así»

«Lo de no admitir preguntas es una grosería, porque siempre se puede responder con discreción y talento»

hara y Armesto me dijo: «Tienes que ir a Nueva York. Piniés está muy cabreado con EFE». Jaime de Piniés era el representante de España ante la ONU. Estábamos en abril. Luego vino la marcha verde y la enfermedad de Franco. La noticia de su muerte me la dio Jesús Hermida. Empezó entonces una etapa de gran tranquilidad para los corresponsales como yo, porque toda la atención informativa se centró en España. —En 1976, con Fraga en la vicepresidencia del Gobierno Arias, Carlos Mendo retornó a EFE y tú...

—Aún volví a Moscú porque se celebraba un Congreso del PCUS. Allí vi a Dolores Ibárruri, Rafael Alberti y otros. Luego regresé a Nueva York, pero la ONU ya me aburría y tenía una gran curiosidad por lo que pasaba en España. Cuando la matanza de Atocha, Luis María Anson, el nuevo presidente de EFE, pasó por Nueva York y aproveché para decírselo. Me escuchó y en agosto de 1977 estaba de vuelta en Madrid, con un encargo inesperado: hacer el tránsito tecnológico de la Agencia desde los teletipos tradicionales a las nuevas pantallas y el ordenador central.

—¿No te aburrías entonces, alejado del periodismo en directo?

—España estaba muy interesante y yo pasaba el día rodeado de periodistas. También escribía artículos gastronómicos para *La Actualidad Española*. Pero en junio de 1980 volví a Washington. Entrevisté al presidente James E. Carter y luego lo acompañé en un viaje por Italia, Yugoslavia, España y Portugal. En 1982 triunfó el PSOE y nombraron presidente de EFE a Ricardo Utrilla, buen amigo. Estuve en Madrid un tiempo, como asesor ejecutivo, y luego volví a EE.UU., pero ya en una labor de gestión. En 1985, por fin, le eché el cierre a mi carrera profesional, aunque seguí todavía como presidente de la Unión de Periodistas.

—¿Cuáles dirías que son las claves para ser un buen corresponsal de prensa?

—No hay claves. Hay que estar en el meollo de lo que sucede, tener buenas fuentes, cultivarlas todo el año, y también ser cultivado por ellas.

—Sé que coleccionas libros de estilo de medios de comunicación. ¿Qué ha cambiado más en el periodismo?

—Hoy como ayer hay que escribir a pan seco, de un modo simple y llano, directo, incluso pedestre. Una vez yo utilicé irónicamente una frase de un canciller austríaco que, en señal de agradeci-

miento, había dicho: «Mi ingratitud será eterna». Cuando la vi publicada, el corrector, creyéndola errada, la había enmendado: «Mi gratitud será eterna». Desde que me pasó eso no volví a permitirme sutilezas.

—Y la estructura de la noticia, ¿no está cambiando con Internet?

—La estructura de la noticia permanece desde la guerra civil americana. En esta guerra, como cortaban las líneas de telégrafos, los periodistas aprendieron a hacer *leads* o primeros párrafos en los que estuviesen todos los elementos sustanciales de la noticia. Desde de la II Guerra Mundial, el objetivo es redactar de una forma clara, simple y sencilla, suprimiendo la nebulosidad, los circunloquios y, sobre todo, el estilo literario. Miquelarena hizo una vez una referencia al acorazado *Potemkin* y en el periódico pusieron «el acorazado potente».

—Y la función del periodismo, ¿ha cambiado?

—Peter Tunne decía que el papel de la prensa es confortar al afligido y afligir al confortado. Yo lo creo así.

—Para terminar, ¿qué opinas de esta moda de convocar ruedas de prensa sin admitir preguntas?

—Siempre se han utilizado estrategias para eludir preguntas incómodas, pero antes eran más sutiles. El *Pandit Nehru* exigía que se las hiciésemos por escrito, luego las ponía en un montoncito, las ojeaba y decía: «Veo aquí muchas cuestiones sobre...» y respondía a lo que quería. Un ministro de Franco recurría al «imagino que ustedes me querrán preguntarme...». Wenceslao Fernández Flórez, en *El secreto de Barba Azul*, muestra un personaje que evita la pregunta que le acaban de hacer diciendo que ya se la ha respondido al anterior entrevistador. Lo de no admitir preguntas es una grosería, porque siempre se puede responder con discreción y talento. Cuando el novelista Somerset Maugham se reunió con nosotros en la Foreign Press Association de Londres al cumplir ochenta años, se le preguntó cómo los llevaba. El respondió: «Hay varias cosas buenas que decir de la vejez, pero... creo que no se me ocurre ninguna». Algo así pienso yo a veces. Y ya basta de entrevista, ¿no? Porque en realidad todo lo que hablamos no es más que un pequeño índice de lo que podríamos hablar. No se puede resumir todo tanto. Pero, claro, ya lo sé, el periodismo consiste en esto.